

de lengua y por la sencillez y dulzura del estilo, que sabe á Fr. Luis de León en muchos trozos. Como hablante tiene muchas semejanzas con González Carvajal; como versificador le lleva innegable ventaja en variedad y armonía. Don José Joaquín de Mora celebró bellamente en una oda esta noble y decorosa versión del Salterio, que es, sin duda, la mejor que ha salido de América, y una de las mejores que tenemos en castellano (1).

Don José María Pando es más célebre por las vicisitudes de su carrera política y por sus trabajos de publicista que por sus versos. Nacido en Lima en 1787, pero educado en Madrid, en el Seminario de Nobles, comenzó por servir á España en varios puestos diplomáticos, llegando á ministro de Estado en las postrimerías del régimen constitucional de 1823. Ciudadano del Perú desde 1824, fué ministro de Hacienda con Bolívar y plenipotenciario para el Congreso de Panamá. Sucesos posteriores le movieron á emigrar de su país y volver en 1835 á España, donde tomó parte activa en nuestra política hasta su muerte, acaecida en 1840. Era hombre de vastísima lectura, muy conocedor de las ciencias sociales y de la historia moderna, y escribía en prosa con claridad y nervio. Sus obras más conocidas son: *Mercurio Peruano*, periódico publicado en 1827; *Pensamientos y apuntes sobre moral y política* (Cádiz, 1837), y *Elementos de Derecho internacional* (Madrid, 1843), si bien esta última, que ha tenido mucha boga, apenas merece considerarse más que como un plagio de la exce-

(1) La primera edición se hizo en Lima, 1833; la segunda en París, 1836, en dos tomos.

lente obra de Andrés Bello, á quien sigue paso á paso, copiando textualmente sus mismas palabras en casi todos los capítulos. Hizo también elegantes poesías, aunque en escaso número; algunas traducciones de odas de Horacio y una *Epístola política á Próspero*, ó sea á Bolívar, más elocuente que poética, pero bien escrita y llena de calor en algunos pasajes, de majestad en otros. ¡Lástima que el autor no hiciese el menor esfuerzo para evitar tantas y tantas asonancias indebidas como afean aquella larga tirada de versos sueltos! Sin duda Pando tenía habituado el oído á la poesía italiana, en que las asonancias no se reparan (1).

En 1831, por los días en que Pando figuraba al frente del partido conservador del Perú, llegó á Lima, expulsado de Chile por D. Diego Portales, el ingenioso gaditano D. José Joaquín de Mora, á quien de aquí en adelante vamos á encontrar en casi todas las repúblicas americanas como maestro ó como periodista: brillantísimo y á la postre benéfico aventurero literario, *qui mores multorum hominum vidit et urbes*.

Asociado en Lima con los hombres más distinguidos del país, tales como Pando, D. Felipe Pardo, D. Manuel Lorenzo Vidaurre, D. José Caveró y Salazar, D. Andrés Martínez, el médico D. Hipólito Unanue, etc., fundó el *Ateneo del Perú*, donde dió la enseñanza de derecho natural y público; imprimió unos *Cursos de Lógica y Ética, según los principios de la escuela de Edimburgo*; y comenzó su extraño poema de *Don Juan*, imitación de Byron, del cual nunca llegó á escribir más que los cinco

(1) La *Epístola á Próspero* se imprimió en Lima en 1826, y está reproducida en la *América Poética* de Gutiérrez.

primeros cantos (1). Era Mora, más bien que poeta inspirado, admirable versificador; en sus composiciones líricas resulta flojo y aun prosaico, pero en la narración joco-seria, en la fábula y en la sátira, su estilo es un raudal de chiste, de amenidad y desembarazo descriptivo, de felices ocurrencias y genial humorismo, calificativo que cuadra bien á quien principalmente se había formado en la escuela de los humoristas ingleses. Su ejemplo y su doctrina literaria fueron de gran provecho en Lima, hasta por lo mucho que armonizaban con ciertas tendencias del ingenio peruano: puede decirse que fué el segundo maestro de D. Felipe Pardo, después de Lista. Las dos epístolas que Mora dirigió á Pardo (2) están llenas de sabios consejos literarios é informadas por un templado eclecticismo, de sentido común ó de escuela escocesa, que fué siempre el sello de la crítica de Mora (3).

Don Felipe Pardo y Aliaga, uno de los discípulos predilectos de Lista, es el verdadero representante de nuestra escuela clásica en el antiguo virreinato del Perú, y sin duda el más notable de los escritores limeños de nuestro siglo, á lo menos de los que ya han pagado á la muerte el común tributo. Como hablista en verso, sólo á Bello cede la palma, y en la sátira política va delante de todos los americanos, si bien no respetase siempre los límites que separan toda composición poé-

(1) Se publicaron anónimos en Madrid en 1844, y son casi desconocidos, aunque tienen octavas muy notables.

(2) *Poesías de D. José J. de Mora*, Madrid, 1853, págs. 241 á 257.

(3) Sobre la estancia de Mora en diversas repúblicas americanas y la influencia política y literaria que allí ejerció, es libro capital el de D. Miguel Luis Amunátegui.—*D. José Joaquín de Mora..... Apuntes biográficos*. Santiago de Chile, 1888.

tica (por reflexiva y didáctica que quiera ser) de un folleto ó artículo de periódico. La *Epístola á Delio*, la parodia de Constitución y otras piezas por el mismo estilo, que son, sin duda, las más geniales y las más curiosas del poeta, adolecen á menudo de esa continua preocupación de los negocios del día, con lo cual, sin ganar en ardor y animación, pierden algo de aquel desinterés poético, de aquel puro culto del arte, que en Horacio y en los verdaderos satíricos horacianos, tales como Parini y D. Leandro Moratín, brilla siempre y se sobrepone á toda otra consideración de utilidad social inmediata. Aun con este lunar, que quizá no lo sea á los ojos de todos, Pardo debe ser respetado siempre, no sólo como escritor pulcro y atildado, sino como ingenioso observador de costumbres, y algunas de sus letrillas pueden figurar sin desventaja al lado de las de Bretón.

La educación de Pardo había sido severamente clásica, y clásicos fueron siempre sus modelos. Su poesía es fruto legítimo de la escuela culta y severa de fines del siglo pasado, especialmente de la de Moratín, pero con más animación y alegría, con viveza criolla, con un género de chiste peculiarmente limeño, aunque de especie muy fina y aristocrática. Cultivó Pardo varios géneros y ninguno sin habilidad y fortuna: su oda *Á Olmedo* y su magnífica traducción de la oda de Víctor Hugo *Á la columna de Vendome*, prueban que no le faltaba numen lírico: sus versos de amor son fáciles y graciosos; en las octavas de *El Perú* hay primores descriptivos que parecen robados á Bello, de quien Pardo fué muy amigo y en cierto modo discípulo durante su destierro en Chile: el único canto que llegó á escribir del poema *Isidora* es lo mejor que en este género de narraciones domésticas ó

de costumbres tiene la literatura americana, á excepción de los cuentos de Batres; y, finalmente, la fantasía en variedad de metros, que tituló *La Lámpara*, es un ensayo romántico, excepcional en sus obras, pero nada infeliz, como lo prueban estos versos:

Lámpara solitaria ardí en el templo,  
Y, aunque con luz escasa, ardí constante,  
Y por siete años que bramó incesante,  
No me apagó una vez el huracán.

Pero aunque fuese capaz de salir con lucimiento de cualquier empresa, porque para ello tenía caudal suficiente de doctrina y gusto, y prendas de versificador nada vulgares, su verdadera vocación fué la de poeta satírico, ya festivo y suavemente epigramático, como en sus letrillas, ya cáustico censor y austero moralista, como en las dos sátiras citadas, en las cuales se ve de cuerpo entero, no sólo al poeta, sino al político conservador: naturalezas que en él habían llegado á ser inseparables. Su aversión á la anarquía, al desenfreno, al charlatanismo político, á las constituciones escritas en el papel y no en la conciencia de los pueblos, le llevaba hasta el chistoso extremo de invocar á cada momento en sus versos, no ya el sable del dictador, sino el garrote ó la tranca, que consideraba como único remedio eficaz para la indisciplina de su país.

Pardo fué, no solamente poeta lírico, sino también poeta dramático, aunque en pocas obras y todas de su juventud. Es, después de Gorostiza, el más notable representante del teatro cómico en América, con la ventaja de no ser sus comedias puramente españolas en las costumbres que retratan, como lo son las de Gorostiza, en quien nada americano hay más que la patria de su autor;

sino pensadas y escritas para un auditorio limeño, con tipos y escenas propias del país. Son tres estas comedias: *Frutos de la educación*, *Don Leocadio, ó el aniversario de Ayacucho*, *Una huérfana en Chorrillos*. La segunda es un juguete muy graciosamente versificado, con imitación visible del estilo de Bretón, pero cuya idea fundamental está tomada de un *vaudeville* francés. Las otras dos son enteramente originales, y verdaderas y muy apreciables comedias de costumbres del género de Moratín y Gorostiza, sin ningún rasgo que pueda decirse peculiarmente bretoniano. En su propósito moral, que no es otro que poner de manifiesto los vicios de la mala educación, reproducen el tema de las dos comedias de Iriarte *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, pero no adolecen de su frialdad pedagógica, y la pintura de las costumbres es viva y chistosa. El escrúpulo en la observancia de las unidades clásicas llega hasta el extremo de reducir la acción á plazo menor que el de veinticuatro horas. Las comedias de Pardo, aunque puedan tacharse de tímidas y acompasadas, son los productos más nobles y decorosos que hasta ahora ha dado la musa cómica del Perú, y valen tanto, por lo menos, como otras españolas muy celebradas del mismo género y escuela, por ejemplo, *La Niña en casa*, de Martínez de la Rosa.

No obstante, ha de confesarse que Pardo, más bien que poeta cómico espontáneo y original, es un satírico y moralista en forma dramática. Su genio era ese, y sus comedias ganan mucho si se las considera como sátiras dialogadas; así como los amenos cuadros de costumbres que publicó en 1840 con el título de *El Espejo de mi tierra*, profesando seguir las huellas de Larra y

Mesonero Romanos, recuerdan más la punzante manera del primero, aunque sin su dejo amargo y misantrópico, que la inofensiva y bonachona del segundo. En prosa, lo mismo que en verso, fué Pardo correctísimo escritor, y hasta sus alegatos jurídicos y los documentos cancillerescos que suscribió están redactados con buena literatura, rarísima en tal género de escritos, que pocos se atreverían á coleccionar como él lo hizo, sin detrimento alguno de su fama (1).

(1) No dedicamos más espacio al estudio de este recomendable escritor, por haber sido ya apreciado con recto criterio en el discurso que en sesión pública inaugural de nuestra Academia leyó en 1870 el Sr. D. Patricio de la Escosura sobre *Tres poetas contemporáneos: Pardo, Vega y Espronceda*. Pardo valió mucho, pero resulta un poco achicado por la compañía; sin que el haber sido *discípulo de Lista* (lugar común de nuestras biografías literarias de este siglo) baste para justificarlo, porque todo maestro tiene discípulos buenos, medianos y malos. No fué ciertamente Pardo de estos últimos; pero comparado con los autores de *El Hombre de Mundo* y de *El Estudiante de Salamanca*, sin escrúpulo se le puede poner entre los segundos.

Don Felipe Pardo y Aliaga nació en Lima el 11 de Junio de 1806. Su padre, regente de la Audiencia del Cuzco, se trasladó á la Península en 1821, y Pardo hizo sus estudios en el colegio de San Mateo, y luego privadamente en casa de D. Alberto Lista. Su maestro le conservó siempre extraordinario afecto, y todavía en 1838, á los sesenta y tres años de su edad, le dirigía aquellos elegantes versos:

No temas, mi Felipe, los furores  
Del vulgo vil, alborotado y leve,  
Si roto el freno, en trágicos horrores  
La común patria á sepultar se atreve.  
Ni su ignorante aplauso te envanezca  
Cuando mimosa la falaz fortuna  
Fácil á tus deseos aparezca  
Y te eleve hasta el cerco de la luna.  
Que el varón justo y grave, el ciudadano  
Veraz, que tiene la virtud por guía,  
Ni al dogal se amedrenta del tirano,  
Ni al aura popular su pecho fia.

Heredó la vena satírica de Pardo, aunque no su aticismo ni su cultura ni su delicado gusto, D. Manuel Ascensio Segura, también poeta festivo y articulista de costumbres, pero sobre todo, poeta dramático. El Perú le debe un repertorio cómico, superior en cantidad y en calidad al que puede ofrecer ninguna otra sección de América. Hasta once comedias suyas están coleccionadas, y dió á las tablas otras dos, cuyos manuscritos no

Yo recuerdo ¡ay de mí! los bellos días  
De tu primera juventud dichosa,  
Cuando por mí adestrado le pedías  
Á Horacio y Newton su laurel y rosa.  
.....  
Pero del mando hollar la inestable senda  
Al alumno de Erato no desdice:  
El valor y virtud de ti se aprenda,  
Y la fortuna de otro más felice.....

Pardo regresó al Perú en 1828, y empezó por dedicarse al ejercicio de la abogacía; pero muy pronto tomó parte activa en las contiendas políticas, como redactor del *Mercurio Peruano* y de *El Conciliador*. En 1829 y 1833 dió á las tablas dos de sus comedias. El general Salaverry le confió en 1835 una misión diplomática para Chile, y después de la caída y muerte de aquel personaje permaneció en aquella república solicitando la intervención de los chilenos contra el general Santa Cruz, dictador del Perú y Bolivia. Para ello fundó un periódico titulado *El Intérprete*. Sería largo y de poco interés para el lector europeo dar cuenta de los esfuerzos de Pardo y de la parte que tuvo en la caída del Protector Santa Cruz, y de cómo vino á ser proscrito por el mismo Gobierno que él había contribuido á fundar. Sólo en 1840 pudo volver á Lima, y se le nombró magistrado del Tribunal Supremo (llamado á la francesa *Corte Superior*). Nuevos trastornos políticos le obligaron á nuevas expatriaciones, y de resultas de tanta felicidad democrática como disfrutaban aquellos bienaventurados países, su salud acabó por quebrantarse gravemente, quedándose paralítico y ciego en lo mejor de su vida. Antes había sido en dos ocasiones distintas Ministro de Relaciones Exteriores. Falleció en 24 de Diciembre de 1868. Al año siguiente fueron coleccionadas sus obras en un lujoso volumen publicado en París con el título de *Poesías y Escritos en prosa de D. Felipe Pardo* (París, A. Chaix y C.<sup>ª</sup>, 1869). Es, en conjunto, uno de los libros que más honran la literatura americana.

han parecido. Las comedias de Segura lindan muchas veces con la farsa: aun las compuestas en tres ó más actos son sainetes largos, excepto *Ña Catita*, que es genuina comedia de carácter, y estudio bien hecho de un carácter de beata maldiciente y embrollona, que por ciertos rasgos locales se salva del amaneramiento inherente á la repetición de tipo tan conocido en las tablas. Domina en los cuadros de Segura cierto mal tono que, según creemos, debe achacarse al poeta más bien que á la sociedad que describe. En *Lances de Amancaes*, por ejemplo, los personajes, que quieren ser caballeros y damas de la mejor sociedad limeña, pasan gran parte de la acción bebiendo *pisco*, y hablan y proceden en consonancia con tal refresco. Pero no hay duda que Segura hace reír con risa inextinguible; que sus piezas abundan en saladas ocurrencias del más puro criollismo; que des- punta en ellas la vena aguda y jovial que hace de los peruanos los andaluces de la América del Sur; que la versificación abundantísima y desenfadada, aunque muy incorrecta, recuerda la maravillosa espontaneidad de Narciso Serra, con quien tiene Segura más puntos de analogía que con Bretón ni con D. Ramón de la Cruz, por más que con uno y otro se le haya comparado; y finalmente, que su autor tiene el mérito indisputable de haber reproducido con fidelidad y gracia los principales aspectos cómicos de la vida limeña, así en sus piezas de costumbres domésticas, como en las de costumbres políticas, v. gr., *Un Fuguete* y *El Resignado*, y aun en las farsas populares, como *El Sargento Canuto*.

El ingenio cómico de Segura ha dejado también algunos chispazos en sus letrillas, en sus sátiras políticas y en los artículos de costumbres que publicó en *La Bolsa*

y en *El Cometa*, pero no aparece completo más que en sus obras escénicas (1).

Perteneció á la misma generación literaria que D. Felipe Pardo y que Segura, aunque de menor edad que ellos, un hermano del primero, D. José Pardo y Aliaga, de excelente educación clásica, como lo prueba su oda *Á la independencia de América*, laureada en un certamen de Chile; y de estro satírico no inferior al de su hermano, en algunas letrillas.

Á estos nombres, á los cuales pueden añadirse, con algún otro más obscuro, los de D. José María Seguín, D. Manuel Ferreyros, D. Ignacio Novoa, D. Miguel del Carpio, magistrado y estadista, que no por el mérito de sus versos, sino por su tertulia literaria y por la generosa

(1) Nació D. Manuel Ascensio Segura en Lima en 1805, y murió en 1871. Sirvió al principio en el ejército, llegando á sargento mayor, y luego fué comisario de Guerra y Marina, secretario de gobiernos civiles (que en el Perú llaman *prefecturas*), vista y administrador en varias aduanas, y en 1860 diputado á Cortes. Fundó en 1839 *El Comercio de Lima*, decano de la prensa peruana; en 1841 *La Bolsa*, y después *El Cometa*, del cual sólo aparecieron doce números escritos enteramente por él, á imitación de las *Capilladas* de Fr. Gerundio, que logran entonces tanto aplauso.

En 1849 publicó en la ciudad de Piura otro periódico, *El Moscón*, todo de sátira personal y política, hoy muerta y casi ininteligible. En este género infeliz derrochó Segura mucho tiempo y mucho ingenio. Nadie lee hoy, y hasta ha sido excluido de la colección de sus obras, el poema satírico *La Peli-muertada*, en variedad de metros y en más de mil doscientos versos, distribuidos en veinticuatro cantos.

Su primera comedia fué *El Sargento Canuto*, representada en 1839. Las restantes piezas de su repertorio son: *La Moza Mala*, *La Saya y Manto*, *El Resignado*, *Ña Catita* (*ña* es diminutivo peruano de *doña*), *Un juguete*, *Lances de Amancaes*, *Nadie me la pega*, *La Espía*, *El Cacharpari*, *El Santo de Panchita* (en colaboración con D. Ricardo Palma), *Percances de un remitido*, *Las tres viudas*. Estas dos son las únicas que faltan en la colección de *Artículos, poesías y comedias de Manuel Ascensio Segura* (Lima, por Carlos Prince, 1886).

protección que concedía á los literatos noveles, ha conseguido pasar á la historia, estaba reducido el grupo clásico de Lima por los años de 1848. Entonces entró en escena una nueva generación literaria, sobre la cual nos ha dado los más interesantes pormenores el ameno é ingenioso escritor D. Ricardo Palma, que fué y continúa siendo uno de los principales ornamentos de ella (1).

«De 1848 á 1860 (escribe Palma) se desarrolló en el Perú..... pasión febril por la literatura. Al largo periodo de revoluciones y motines, *consecuencia lógica de lo prematuro de nuestra independencia*, había sucedido una era de paz, orden y garantías. Fundábanse planteles de educación: la Escuela de Medicina adquiría prestigio, impulsada por su ilustre decano D. Cayetano Heredia; y el Convictorio de San Carlos, bajo la sabia dirección de D. Bartolomé Herrera, reconquistaba su antiguo esplendor. Por entonces llegaba de España D. Sebastián Lorente, era nombrado rector del Colegio de Guadalupe, y ante un crecido concurso daba lecciones orales de historia y literatura. Lorente era un innovador de gran talento, y la victoria fué suya en la lucha con los rutinarios. La nueva generación le seguía y escuchaba como á un apóstol.»

Efectivamente, aquella juventud literaria se entregó en cuerpo y alma al romanticismo español, como la de la República Argentina se había entregado al romanticismo francés. Espronceda, Zorrilla, Arolas y Enrique Gil contaron desde luego gran número de fervientes imitadores; pero quien fascinó y arrastró con su ejemplo

(1) Vid., al frente de las *Poesías de Ricardo Palma* (1887), el estudio titulado *La Bohemia limeña de 1848 á 1860: confidencias literarias*.

á todos los principiantes fué el inspirado aunque incorrectísimo poeta montañés Fernando Velarde, de quien ya hemos hablado al tratar de Guatemala, y cuyo gusto y estilo dejaron profunda huella en casi todas las repúblicas de América. Talento original, pero inculto y brabío; imaginación poderosa cuanto desequilibrada; un mal gusto que parecía ingénito é indomable, puesto que resistió á toda disciplina y fué creciendo monstruosamente con los años; alma vehemente, apasionada y triste, con dejos de candor infantil y visiones de iluminado; una potencia de versificador capaz de levantar en peso las moles de los Andes, pero de la cual usaba y abusaba sin tino ni juicio, convirtiéndose muchas veces en retumbante zurcidor de alejandrinos huecos; un sentimiento profundo y casi místico de la naturaleza; elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español, ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro del indiano de nuestra costa cantábrica: todas estas cualidades, á primera vista inconciliables, concurrían en el fecundo y excéntrico vate de Hinojedo, á quien nuestra historia literaria ha olvidado malamente, porque en condiciones nativas fué superior á muchos, y en influencia fuera de su tierra sólo Zorrilla, Espronceda y Tassara pueden aventajarle entre nuestros románticos.

Cuando Velarde llegó al Perú después de haber residido algún tiempo en la isla de Cuba, ya había escrito algunos de sus mejores versos: la *Despedida á Santander*, *El Pico de Teide*, la *Meditación en la isla de Pinos*, todos los cuales coleccionó en un tomo publicado en Lima en 1848, con el título de *Flores del Desierto*. Redactó, además, durante dos años, un semanario de

literatura, *El Talismán*, y se hizo tan notorio por los aciertos y esplendores de su musa, cuanto por el generoso ardor patriótico con que defendió el nombre de España, y por las rarezas de su irascible condición, que le atrajeron pesados lances, obligándole por fin á emigrar en 1855 á otras repúblicas, primero al Ecuador, después á Bolivia y á Chile, y finalmente á Guatemala, siempre con la frente erguida y el canto varonil en los labios: dejando por donde quiera admiradores y discípulos (1), halagado unas veces por la fortuna, reducido otras á la indigencia: raro personaje, sin duda, pero nunca vulgar ni indigno de su raza que tanta sangre y tanto sudor ha vertido en la América española. De su estancia en el Perú y repúblicas limítrofes datan las principales composiciones de Velarde: las valientes octavas con que en 1851 saludó *al pabellón español* en medio de los insultos y agresiones de la plebe de Lima, el canto descriptivo de *Los Andes del Ecuador*, el otro canto en alejandrinos *Á la cordillera de los Andes*, donde hay muestras de lo mejor y de lo peor de su estilo, y *La Última Melodía Romántica*, que por sí sola bastaría para acreditarle de gran poeta.

En el Perú tuvo Velarde émulos, pero tuvo en mayor número apasionados fanáticos, sobre todo en la grey juvenil. Son los que Palma llama *bohémios* y cuyas memorias biográficas ha recogido con piadoso celo. Al-

(1) Murió Velarde en Londres en 1881. La colección más completa que conozco de sus versos es la titulada *Cánticos del Nuevo Mundo*, impresa en Nueva York en 1860. Sé que en Londres publicó un nuevo tomo en 1871, pero no he llegado á verle. Serán probablemente de extrema decadencia, como los que en Torrelavega coleccionó después con el título de *La Poesía de la Montaña*.

gunos de ellos, como el ilustre guayaquileño Numa Pompilio Llona, el mismo Palma, D. Pedro Paz-Soldán y Unanue (*Juan de Arona*), D. Luis Benjamín Cisneros, D. Arnaldo Márquez (traductor de Shakespeare) y otros varios, viven. De los que han muerto diremos algo, guiándonos principalmente por las noticias del Sr. Palma, puesto que no de todos hemos logrado ver las obras completas, y otros ni siquiera las han coleccionado.

D. Manuel del Castillo († 1871), «vate tan incorrecto como sentimental», era arequipeño como Melgar, y, á imitación suya, compuso *yaravies*, de los cuales puede servir como muestra el siguiente, que tiene reminiscencias de uno de nuestros más bellos romances viejos:

Ya que para mí no vives,  
¿Por qué te vas y me dejas?  
Prenda querida:  
Viviré como la viuda  
Tortolica que ha perdido  
Su compañía.  
Como la nave agitada  
Por los vientos, que resiste  
Del mar las iras,  
Es juguete de las olas,  
Y sin arribar al puerto  
Se hunde y abisma.  
Como paloma que el nido  
Vió en la selva, por el rayo  
Hecho cenizas,  
Y cuando huía gimiendo,  
El cazador la acechaba  
Con saña impía.  
Como árbol de fruto osado  
Que señoreaba los prados  
Su lozania,  
Miró secarse su savia  
Porque el agua le faltó,  
Que era su vida: